



---

**CONGRESO  
IBEROAMERICANO**  
DE CIENCIA, TECNOLOGÍA,  
INNOVACIÓN Y EDUCACIÓN

---

BUENOS AIRES, ARGENTINA  
12, 13 Y 14 DE NOVIEMBRE 2014

---

**CONGRESSO  
IBERO-AMERICANO**  
DE CIÊNCIA, TECNOLOGIA,  
INOVAÇÃO E EDUCAÇÃO

---

BUENOS AIRES, ARGENTINA  
12, 13 Y 14 DE NOVIEMBRO 2014

## **PARADOJAS DE LA EDUCACIÓN ACTUAL**

HERNANDO SALCEDO GUTIÉRREZ

## PARADOJAS DE LA EDUCACIÓN ACTUAL

HERNANDO SALCEDO GUTIÉRREZ  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA LATINOAMERICANA  
[hernando.salcedo@unaula.edu.co](mailto:hernando.salcedo@unaula.edu.co)  
[nansalcedo@gmail.com](mailto:nansalcedo@gmail.com)

No nos podemos contentar con dar de beber a quienes ya tienen sed. También hay que dar sed a quienes no quieren beber.

Philippe Meirieu.

Quisiera empezar esta participación haciendo una afirmación que no me canso de repetir: nosotros los aquí presentes somos unos afortunados históricos o, lo que es lo mismo, históricamente hablando somos unos afortunados. Por nuestra edad, nacidos todos cuando estaba muy avanzado el siglo XX, podemos decir que somos sus hijos. Somos hijos del siglo XX, de sus triunfos y fracasos, de sus lógicas y avatares, de sus ideas, acciones y actitudes. Y eso es importante en la medida en que somos los últimos hijos de la modernidad, es decir, nosotros somos los hijos de una perspectiva histórica que muere. Nosotros hemos vivido su larga muerte, la hemos padecido, sufrido, llorado, lamentado. Pero además, por nuestro oficio, somos docentes la mayoría de los aquí presentes, la hemos reflexionado.

Pero aun más, somos doblemente afortunados: hemos visto como empieza a surgir otro estilo de vida, otra época, otra visión del mundo. Hemos visto como nuestros hijos, nuestros estudiantes, los niños, niñas y jóvenes de hoy, han nacido ya en una nueva época. Son nativos de un nuevo momento histórico que, a falta de un nombre más original, hemos dado en llamar posmodernidad. Aun no tenemos otro nombre que se haya hecho popular, aunque se han propuestos varios: sociedad del conocimiento, de la información, del riesgo, sociedad líquida. Nombres con el que se espera atrapar las características fundamentales y fundantes de esta nueva época. Pero aun el asunto es tan joven, tan tierno, tan incipiente, que no logramos atinar en nuestro propósito. Para efectos de nuestro propósito, sigamos llamándola posmodernidad.

Somos conscientes los aquí presentes que estos chicos y chicas son distintísimos a nosotros, como por lo regular lo han sido todos los jóvenes de todas las épocas: distintos a sus mayores. Pero la distinción de ahora es única en la historia de la humanidad: las características que tiene esta época son novedosas. Podríamos afirmar que las nuevas generaciones por primera vez no son formadas por un mundo concreto de adultos que les venden unos ideales, que ellos asumirán o no, transformarán o no, y adaptarán a sus formas de ser. No. Ahora estas generaciones son formadas por entes abstractos que desde mecanismos mediáticos les venden ideas, actitudes, posiciones, visiones de mundo. Entes que son difíciles, si no imposibles, de identificar. Por lo regular, ya no son los ideales de los padres, de los maestros, del sacerdote, del político del pueblo, del policía, de tal profesional, los que impulsan a las nuevas generaciones. Son ideales venidos de los video juegos, de las emisoras, de la televisión, de las múltiples manifestaciones de la web: páginas, blogs, del chat, de Facebook o twitter. Y muchas veces, casi que ideales que no tienen responsables directos, nombres específicos a quien darles la autoría, como el caso de

las marchas de los indignados en España, o las revueltas en el mundo árabe, o las campañas anti-Uribe o anti-Procurador en Colombia.

Por ello, al estar socializados desde ideales provenientes de estos entes abstractos, ideales que cambian cada semana o cada día, que impactan en unos grupos de jóvenes y en otros no, son una generación con ideas volátiles, relativistas en extremo. Jóvenes que brincan de una idea a otra con tanta facilidad, que a veces no vemos la relación de una con otra; hoy creen en un asunto y mañana en otro, y no se sonrojan por haber cambiado de idea. No se interrogan por la validez de lo afirmado, no importa quién fue el autor de una idea, de una frase, y si lo saben, no importa en qué contexto lo dijo. Difíciles de concentrar en el aula, no soportan nuestros largos discursos ni nuestros pesados documentales. Se sienten más cómodos con las imágenes, pero se saturan fácilmente de ellas. Y no tienen ningún reparo en decirnos: “*esta clase esta aburrida*” (cuando son decentes y bien hablados, pero en caso contrario lo dicen más abruptamente).

Así que nosotros los aquí presente somos hijos del siglo XX, como les decía, hijos de una modernidad tardía que defiende unos presupuestos bien marcados, casi todos del siglo XVIII y XIX, que buscamos fundamentar lo afirmado de una forma muy particular: desde la reflexión racional, y racional significa aquí discurso filosófico-tecnocientífico. Pensamos que la emoción entorpece la razón; creemos que podemos alcanzar la objetividad y ser capaces de hablar sin que se involucre nuestra perspectiva personal, por lo que confiamos en el discurso cuando este proclama la tan anhelada objetividad.

Somos hijos, como nos lo aclaró Lyotard, de los grandes relatos. Apreciamos los grandes discursos, las teorías sistemáticas, ordenadas, lógicas. Amamos la ortografía, la buena letra; respetamos las frases de otros y nos ufamamos repitiéndolas poniéndole acento inmaculado: <como decía Shakespeare: ¡¡Oh amor poderoso!! Que a veces hace de una bestia un hombre, y otras, de un hombre una bestia>.

Buscamos la falsedad o la verdad de lo afirmado. Nos apasionan los grandes documentales, los asuntos históricos, y buscamos la verdad en todo ello. Y algo fundamental: por mucho que hayamos afirmado la diferencia con nuestros padres y abuelos, nos parecemos mucho a ellos en sus filosofías, pautas religiosas, formas de amar, formas de relacionarnos. Ellos nos formaron, estando presentes o ausentes, pero la idea de ellos estaba allí, en la sociedad. Creemos que ellos merecían nuestro respeto, ya sea por convicción o por temor. Por eso en el aula, aunque nos aburriéramos, seguíamos allí, y no se nos ocurría, por temor o convicción, decirle de frente al profesor: “*diazepam*”.

Y ojo: no creemos que con dos emoticones o dos palabras mal escritas se sustente un tema.

Y yo creo que esto debemos tenerlo en cuenta para poder trabajar en las aulas hoy, para poder enseñar aquello que consideramos pertinente de nuestra cultura. Si no reconocemos la asimetría entre una y otra generación, si solo la vemos como una actitud hostil y descarada de los y las jóvenes, entonces no estamos intentando comprender el momento histórico que afortunadamente nos tocó vivir. Creo que aquí radica parte del malestar de la cultura occidental: nosotros, el mundo de adultos, por lo regular no tenemos las habilidades, las actitudes, las emociones, para sintonizarnos con las nuevas generaciones. Somos, y esto es lo que me parece paradójico hoy, una generación nacida en el siglo XX, que nos fundamentamos en las teorías científico-

filosóficas de los siglos XVIII y XIX, y que estamos trabajando con chicos y chicas del siglo XXI.

## **HABILIDADES Y DESTREZAS PROPIAS DE ESTE MOMENTO: ¿PODEMOS FORMAR DESDE LO QUE NO TENEMOS?**

Qué exige esta nueva época a las personas, es algo que me pregunto como educador. Pero sobre todo, me interrogo por lo que exige esta nueva época a nosotros los educadores. Puedo acercarme a algunas respuestas, tentativamente, pero no sé la solución a esta pregunta. Creo que es una pregunta básica para nosotros los educadores y debemos abordarla y luego discutirla con nuestros estudiantes a ver si es cierto que ellos necesitan de eso. Si de algo estoy seguro, es que esa no es una pregunta que se harán los jóvenes, aunque ellos sepan intuitivamente la respuesta. Esa nos toca reflexionarla a nosotros los adultos dedicados a estos temas de la educación. Así mismo, no creo que nosotros solos, sin ellos, lleguemos a una respuesta válida; debemos involucrarlos en esta búsqueda.

Creo que muchos de los aquí presente estarán de acuerdo en que en estos aciagos tiempos se requieren de una serie de habilidades y destrezas que hace veinte o treinta años no sospechábamos los educadores que debíamos desarrollar, muchas de ellas asociadas a las nuevas tecnologías, pero también otras que rebasan en grado sumo a estas. Voy a arriesgarme a proponer algunas, de modo que, en una actitud muy moderna, podamos debatirlas y someterlas a cuestión a ver si soportan el peso de la crítica.

### ✓ **Saber elegir la información, pues estamos en la época informacional:**

La información, en su sentido más amplio, es decir, como comunicación del conocimiento, ha sido fundamental en todas las sociedades, incluida la Europa medieval, que estaba culturalmente estructurada y en cierta medida unificada en torno al escolasticismo, esto es, en conjunto, un marco intelectual... En contraste, el término informacional indica el atributo de una forma específica de organización social en la que la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas que surgen en este periodo histórico".

(M. Castells, 1997: 47).

Sin lugar a dudas, esta es la época de la información. Hay tanta, que es imposible estar actualizado en el área en que nos especializamos. Todos los días salen informes, resultados de investigación, textos, artículos, en todos los idiomas, sobre infinitos asuntos. No era como en nuestra época en que un docente podía trabajar sus cursos con un solo texto, al que consideraban la biblia del tema. Incluso sabíamos de docentes en nuestro contexto universitario que "*amarraban*" el texto, lo escondían de modo que nadie se los copiara, pues con ese discurso se ganaban la vida: ese era el discurso novedoso, el que más nadie conocía y al que pocos tenían acceso. Su vida académica dependía de la escasa información de calidad que tenían los demás, específicamente sus

estudiantes. Eran épocas en que las traducciones eran demoradas y cuando salían ya no eran novedad en otras latitudes. Los textos, única fuente de documentación, eran escasos y costosos. Los resultados de investigación de punta se nos demoraban años para conocerla, y los pocos que podían viajar a Europa y Norteamérica eran privilegiados de la información. En este sentido, cuando los profesores ponían trabajos de consulta a sus estudiantes, sabían con toda certeza de dónde la iban a sacar. Ello facilitaba, por supuesto, las revisiones y calificaciones de esas actividades. Eran pocas las veces en que los chicos y chicas metían en problemas a los docentes, cuando se basaban en un texto desconocido para este último. Muchos docentes, por supuesto, daban eso como “malo”, erróneo, pues ello no se atenía a lo que él conocía.

Hoy, hay tanta información, que es poco probable que un trabajo de consulta libre, sepamos con anticipación de dónde la van a sacar los jóvenes. Hoy, hay tanta información que se está convirtiendo esto en un problema. Como es de conocimiento de todos, la mayoría de los jóvenes realizan sus consultas en la web. Y páginas con información sobre todos los temas, es lo que prolifera. Uno de los cambios interesantes de estos nuevos tiempos es que todos tenemos la oportunidad de ser autores. Montamos nuestra página web, y a escribir nuestra perspectiva del mundo. Hoy puedes armar un blog gratis y ser un autor del tema de tu interés; y algún lector tendrás. En nuestros tiempos pocos podían ser autores.

Como les digo, hay mucha información, pero ¿cuál es mejor que otra? Creo que una de las habilidades que deben tener los chicos y chicas de hoy es esa: debemos trabajar con ellos criterios para clasificar información. Fíjense entonces que ya el problema no es la escasez, sino la gran cantidad, por tanto, la habilidad es otra. Pero ¿tenemos nosotros esa destreza? ¿Estamos conectados en la red electrónica y revisamos la información de nuestro interés? ¿Desde qué criterios elegimos y deseamos información? ¿Les enseñamos esos criterios a nuestros estudiantes?

En este sentido las instituciones también han adoptado posiciones distintas: no basta una biblioteca llena de libros. No son pocas las revistas de avanzada en muchos temas, que son electrónicas. ¿Qué tanta conectividad tienen las instituciones y los países? ¿Qué bases de datos pueden consultar sus estudiantes? Pero aún más: ¿cuál es el tipo de información que se ventila en los chat de estudiantes? ¿De qué hablan en ellos? ¿Qué validez le damos a esa información y que validez le dan ellos? ¿Puede llamarse a esa actividad “lectura”? ¿Qué nuevos códigos han salido de esas “conversaciones”? ¿Los entendemos nosotros? ¿Se ve reflejada nuestra cátedra en esas “conversaciones”?

Como podrán notar, emerge aquí un elemento nuevo: el tratamiento de la información. Cuál información considerar válida. Si no somos expertos en este tema, nuestros chicos tampoco lo serán y avalarán lo primero que se encuentren. He allí una de las causas de la copia de trabajos en la web: ellos se la juegan copiando porque están casi seguros que el maestro no revisa esa webgrafía. Pero aún más, es frecuente escuchar a estudiantes darle validez a la información encontrada tan solo porque “la encontré en internet”, como suelen decir. Es como si el hecho de que esté allí colgada la información, ya le diera el estatus de válido a lo afirmado. Creo que ese es un tema importante,

un nuevo campo de acción para el docente y un nuevo reto. Lo que más noto entre mis compañeros de trabajo es la recomendación de que sus estudiantes consulten tales temas, en la web. Pero creo que no tenemos la precaución de discutir con ellos criterios de validez para lo encontrado. No tenemos esa habilidad, creo que no tenemos aún estrategias para trabajar con el infinito número de información que existe en la red.

✓ **La capacidad de trabajar bajo situación de incertidumbre:**

Un mundo donde uno está condenado a vagar a través, dentro y entre múltiples fronteras y espacios marcados por el exceso, la otredad, la diferencia y una noción dislocante del significado y la atención.

H. Giroux (1996)

Si algo distinguió la concepción moderna del mundo fue la idea de verdad, la idea de que había constantes para pensar todo tiempo y lugar. Las certezas individuales que nos permitían exponer las verdades; la idea de que *las cosas son como son*. En este sentido, la duda era metódica y debía conducir a otra verdad. Todo está calculado: *Dios no juega a los dados*. La vida era en blanco o negro, era justa o injusta, se inculcaban los ideales de igualdad y se menospreciaba al diferente. Todo estaba claro: si estudio, progreso; es decir, podría acceder a los beneficios del mercado.

Hoy el asunto es bien distinto: nunca sabemos de dónde ni cuándo va a saltar la liebre; las jóvenes generaciones viven un mundo tan incierto, que no se preocupan por los ideales de verdad; se han educado en un mundo donde *“todo lo sólido se desvanece en el aire”* (Berman; 1988), donde nada perdura más allá de unos días, donde lo cierto es el cambio, donde las verdades cambian, donde las certezas dependen del tema que pongan los medios de comunicación en un determinado momento; donde el trabajo es incierto, la pensión no es un sueño a seguir y la salud es lo que permita una Entidad Prestadora de Salud (EPS). La internacionalización de la economía, ha impactado tanto el mercado laboral a escala global, que se ha transformado la naturaleza y el tipo de las relaciones laborales, dando lugar, entre varias transformaciones, a la emergencia de un nuevo modelo de trabajo: un trabajo independiente, no protegido, atemporal, donde el trabajador es responsable de sus ingresos, sus tiempos, su seguridad, etc.

Nada se tiene seguro, es el reino de la incertidumbre y eso debe tocar las subjetividades de estas nuevas generaciones. ¿Podemos nosotros entender esa subjetividad? Educados bajo la concepción moderna del mundo, nosotros seguimos llevando verdades al aula y exigimos que sean repetidas. Pero el joven que se ha desenvuelto en la incertidumbre, sospecha que esa es una versión del asunto: no la verdad. Ello origina una cierta antipatía por los contenidos de las asignaturas, saliendo a relucir de parte del docente el autoritarismo y la imposición de saberes. Pero ¿cómo formar en un mundo donde prolifera lo incierto? ¿Qué sentido tiene enseñar desde el conocimiento científico, que clásicamente reivindica el orden, en un mundo que se manifiesta como caótico?

Sin lugar a dudas se requiere de un cambio paradigmático en las epistemologías de los docentes, lo que no quiere decir que se deba cambiar porque las nuevas generaciones tengan la razón, sino porque los tiempos y las teorías van mostrando otras posibilidades. Nuevas concepciones de la ciencia, por ejemplo, relativizan más el conocimiento, lo que no lo demerita. Hemos comprendido que el cerebro no tiene como función decir cómo es el mundo, no lo puede hacer, así que nuestro discurso racional siempre es incierto, como incierto es lo que llamamos real.

Qué contenidos llevar al aula, cómo presentarlos para que no suenen a verdades absolutas, cómo estructurar currículos igualmente pensados, son interrogantes del maestro de hoy. Pero sus respuestas también estarán rodeadas de dudas, de imprecisiones, de sospechas de que ni aun pensando así el asunto, puede asegurar una educación efectiva a las nuevas generaciones. Como nos aconseja Morin (1999), es necesario aprender a navegar en océanos de incertidumbres a través de archipiélagos de certeza.

Ahora bien, trabajar como docente en tiempos de incertidumbres implica reconocer que su trabajo se deteriora cada día más, que las condiciones salariales cambiaron para desmejorarlo. Es un hecho que durante las últimas décadas el mercado laboral educativo se ha transformado en Colombia y parte de América Latina: las cooperativas que venden servicios educativos al Estado y que pagan nueve o diez meses de salario año, los docentes contratados por horas, las nuevas contrataciones a los profesionales no pedagogos, el escalafón docente, etc., muestra que aquellas reivindicaciones logradas por los maestros de los años 60-70 no volverán. ¿Cómo lograr sobrevivir en esas condiciones?

Creo que como maestros modernos no tenemos esta habilidad: seguimos apreciando el orden, lo calculado, despreciando aquello que no se deja amarrar por la lógica clásica. Y nuestros estudiantes lo notan.

✓ **Trabajar en red.**

Si algo promovió la modernidad, fue el trabajo en grupos. Los equipos, considerada la forma por excelencia del trabajo en grupo, eran conformados para sacar adelante proyectos, por lo que eran básicos en todas las instituciones. Los equipos podían formar comisiones, les nombrábamos coordinadores, pues la jerarquía debía existir o nadie hacía nada, se repartían tareas específicas, se recomendaba que nadie se metiera en el campo de otros, se fijaban fechas precisa, nos reuníamos para debatir y concluir y se presentaban resultados. Todo en orden. Se funcionaba coherentemente porque el jefe coordinaba cada paso y logaba motivar a los compañeros para que emprendieran sus tareas. Sin equipos de trabajo, no habríamos podido avanzar tan rápidamente en el adelanto científico-técnico que alcanzamos.

Pero el mundo globalizado de hoy, y a partir de nuevo de los desarrollos tecnológicos, nos está mostrando también otras formas de trabajo. Hemos podido notar como a partir de procesos de organización aparentemente caóticos, grupos de jóvenes que no se conocen, que no tienen relaciones cercanas, sacan adelante propuestas a través de los nuevos medios de

comunicación e interacción: contacto telefónico, del chat, del correo electrónico, del Facebook. Jóvenes interconectados, sin fórmulas, sin jerarquías, desde relaciones horizontales, sin el tiempo como camisa de fuerza, sin la necesidad de los encuentros para el debate y la toma de decisiones, trabajan colectivamente sin desconocer lo individual. Se anexan y se retiran del proyecto cuando desean, pues su motivación no viene del líder, sino de sí mismo y de su fe en lo que está haciendo. El sujeto está desarrollando plenamente sus habilidades, aporta lo que sabe, no lo que le pide la institución y el equipo. Y algo que valoramos mucho los humanos, en este trabajo en red se nota en el acto tu aporte.

Como habrán notado, no estoy llamando red a las redes sociales tipo Facebook, twitter, MySpace, o similares. Estas últimas son instrumentos de que se valen las personas, para trabajar en red. Por tanto, el trabajo en red es un tipo particular de interacción social, compuesto por personas que trabajan a nombre propio o de organizaciones, en pro de desarrollar un proyecto o sacar adelante una tarea.

Christakis y Fowler, (2010) resaltan algunas características del trabajo en red que me parece prudente traer a colación:

1. Somos los interactuantes los que damos forma a nuestra red: con quien nos conectamos, bajo qué proyectos, cuál es la estructura de la red, etc.
2. La red a la que pertenecemos nos da forma también a nosotros. La interacción retro-actúa en nosotros y nos da un lugar, nos afecta. Y esta misma lógica hace que decidamos si continuamos en ella o no, si nos metemos desde otro espacio, con otro rol.
3. Ello implica que nuestros copartícipes nos influyen. Lo leído en la red, lo escuchado, hace que veamos otro punto, y que lo compartamos o lo rechacemos, pero nos hace movernos, nos influye. Todos son influenciados al punto que a veces no es posible reconocer la autoría de una idea, de una tendencia que empieza a viajar en la red. Es tan maravilloso, que hasta los contactos de los copartícipes de la red, que por supuesto no pertenecen a ella, también son influenciados y también pueden influenciarnos.
4. Ello lleva a concluir, que una vez echada a rodar, la red tiene vida propia. Se pueden conformar relaciones tales en la red, que sus productos sobrepasan las intenciones de los miembros.

Como habrán notado, en este tipo de trabajo los participantes tienen una relación distinta con el conocimiento. Es como si ahora la relación saber-poder, estuviese sustentada en la acción para sacar adelante sus pretensiones. Estoy pensando en Change.org, Avaaz, Nuru internacional, Kiva, MyC4, Cibersolidaridad, Witness, Wikileaks, etc.

✓ **Pensar Complejamente.**

Como hombres y mujeres formados en los ideales de la modernidad, y específicamente en su concepción de ciencia, nosotros arrastramos todo ese peso y lo llevamos al aula. Y ello tiene fuertes connotaciones en las nuevas generaciones. Enseñamos, por ejemplo, que para poder estudiar científicamente un problema, debemos descomponerlo en sus mínimas partes, y como no tenemos tiempo en la vida para entender cada una de esas partes,



pues debemos especializarnos en una. Por eso estudiamos una profesión o ciencia específica y luego profundizamos solo en una partecita de esa profesión. La cultura occidental es, así, una cultura de especialistas, que a través del sistema educativo reafirma esta perspectiva. La organización empresarial la asume, y así seguimos reproduciendo el modelo.

Ello ha traído graves implicaciones a la cultura occidental, una de las cuales es que no nos permite ver las relaciones, ni mucho menos los productos de ciertas relaciones. En términos de Morin, la nuestra parece ser una inteligencia ciega. Al ser tan expertos en la parte, no vemos las consecuencias de las relaciones. No hemos notado en toda su dimensión, por ejemplo, los peligros de algunas tecnologías, de algunos avances técnicos, como las manipulaciones de átomos y neutrones o del ADN.

Nos centramos tanto en la parte, que el todo es un desconocido. Es más, sustentamos abiertamente que el todo es imposible de conocer, y mucho más hoy, en la época de la información.

Sin entrar en detalles epistemológicos, solo quisiera reafirmar que precisamente hoy más que nunca se requiere de una inteligencia sistémica, o, en términos de Morin, compleja. Una perspectiva del conocimiento que en vez de separar nos enseñe a tejer conocimientos, saberes, teorías. Que en vez de privilegiar la disyunción, nos muestre la perspectiva del conjunto. Una formación que nos permita ir de la parte al todo y viceversa. Pero sobre todo, que nos permita ver que el funcionamiento de los sistemas no está cruzado por la lógica que asume que el todo es la suma de las partes. Cuando las partes funcionan y el sistema está andando, siempre brota algo más que la suma de sus partes.

No creo que los problemas de hoy, que son enormes, es decir, se salen de la norma; que están interconectados con múltiples asuntos, que son transformados por las múltiples relaciones que los cruzan, se puedan resolver con la mirada del especialista. No creo, por poner un ejemplo, que los economistas de hoy, formados en esta perspectiva, puedan decirnos algo coherente sobre el problema de la pobreza en el mundo, o los ingenieros ambientales proponiendo soluciones al deterioro ambiental. No creo que los huecos de la capa de ozono puedan ser remendados por ninguno de los especialistas que tenemos hoy.

Como podrán notar, solo he querido en esta breve participación hacer notar que nosotros los docentes tenemos hoy un tipo de falencias notorias, yo diría que "*falencias de época*", que por ello mismo son difíciles de superar. Esto es lo que me ha llevado a afirmar que estamos formando desde lo que no tenemos, y eso me parece paradójico. Pero la paradoja es también una forma de saber. Depende ahora de cómo la enfrentemos.

Gracias.

REFERENCIAS.

BERMAN, M. (1988). Todo lo sólido se desvanece en el aire. México: Siglo XXI editores.

CASTELLS, M. (1997). La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen 1, La sociedad red. Madrid: Alianza Editorial.

CHRISTAKIS, N. y FOWLER, J. (2010). Conectados: El sorprendente poder de las redes sociales y como nos afectan. Taurus, Madrid.  
<http://www.connectedthebook.com>

GIROUX, H. (1996). Educación posmoderna y generación juvenil. Nueva Sociedad Nro. 146 Noviembre-Diciembre. p148-167

MORIN, E. (1999). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Paris: Unesco.